

cierto y de singular es, que llevando aquel magnate su pasión de venganza hasta más allá de la tumba, dejó ordenado que no se enterrase su cadáver hasta que acabase la demanda en que se había metido. En su virtud el féretro de Alburquerque era llevado siempre en la hueste, como si gozara en capitanearla después de muerto, y en los consejos que celebraban los confederados llevaba su voz y hablaba por él su mayordomo mayor Ruy Diaz Cabeza de Vaca. «¡Espectáculo peregrino, esclama aquí con razón un ilustrado escritor de nuestros días, y testimonio auténtico de rencorosa barbarie, el de una confederación capitaneada por un muerto (1)». Juntóse en Medina con los coligados el maestro don Fadrique con seiscientos de á caballo, y con mucho dinero del que en Toledo había hallado en las casas de Samuel Leví, tesorero del rey, y del que la reina doña Blanca había podido recoger. La hueste que entre todos reunían en Medina era de siete mil caballos y correspondiente número de peones.

Aunque imponente y numerosa esta liga, veíase á sus caudillos obrar con más detenimiento y cordura que lo que era de esperar de gente tumultuada y poderosa, y no parecía que intentasen llevar la discordia á términos de enlutar al país con escenas de sangre. Prueba de ello dieron cuando después del des-

(1) El señor Ferrer del Rio, en su Exámen histórico-crítico del reinado de don Pedro, premiado por la Real Academia española, en el cer. ámen abierto en 1850.

engaño de Tordesillas todavía enviaron mensajeros á Toro, donde se había trasladado el rey y se hallaba antes que él la reina madre, para acordar con el monarca el medio de poner algún sosiego en el reino. Las peticiones de los coligados no eran otras que las que en su nombre le había hecho antes la reina doña Leonor. Quiso el rey tomarse tiempo para deliberar, y como manifestase deseos de conferenciar con los principales de la liga, conviniéronse unos y otros en tener unas vistas en un pueblo nombrado Tejadillo, entre Toro y Morales. Presentáronse allí hasta cincuenta caballeros de cada parte, armados de lorigas y espadas; nadie llevaba lanza sino el rey y el infante don Fernando. En aquella especie de asamblea armada habló primeramente por el rey su repostero mayor don Gutierre Fernandez de Toledo, manifestando maravillarse de que tan á enojo llevarán los coligados el que el rey dispensara su confianza á los parientes de la Padilla, siendo costumbre de los reyes tener por privados y hacer mercedes á quien bien quisiesen; pero que el rey tenía voluntad de honrarlos también á ellos, y les daría los grandes oficios que hubiese en su casa y estado, y en cuanto á la reina doña Blanca enviaria por ella y la honraria como á reina y como á esposa. Habló seguidamente por los confederados don Fernan Perez de Ayala, y en un grave y comedido discurso espresó el disgusto y pesar con que sus vasallos habían visto el desamparo en que dejó á

doña Blanca, á quien todos habian recibido por reina; lo cual creian habria hecho por consejo de los parientes de doña María de Padilla; la satisfaccion con que la verian volver á su gracia y compañía; la desconfianza y temor que á todos habia infundido la persecucion y suplicio del maestre de Calatrava Nuñez de Prado y el despojo de las tierras de Alburquerque despues de dar en rehenes dos hijos; que si todo esto se enmendase, volverian gustosos al servicio de su rey y señor; y pues eran cosas no para tratadas y resueltas con precipitacion, podrian nombrarse cuatro caballeros de cada parte que hablasen y conferenciasen y acordasen el medio de dar feliz cima á este negocio. Aprobaron todos el pensamiento, quedó el rey en que nombraría sus cuatro caballeros, y despidiéronse para sus respectivos lugares, besando al rey la mano.

No podia darse ni mas comedimiento en las palabras, ni mas cordura y prudencia de parte de unos hombres que contaban quintuplicadas fuerzas que el rey. Llamámoslo comedimiento y prudencia, atendido lo que suele ser gente alzada en rebelion y que se siente fuerte para vencer. Pero el rey no se cuidó ni de enviar ni de nombrar sus cuatro caballeros; procuró por el contrario sembrar la discordia entre los confederados, y en lo que mas pensó fué en salir de Toro y en pasar á Ureña en busca, como ciego amante, de las caricias de doña María de Padilla, que allí se hallaba. ¡Bella manera de venir á acomodamiento

y entrar por la senda que le marcaba el clamor popular! Vióse entonces una singularidad monstruosa. Su misma madre la reina doña María avisó á los coligados de la salida de su hijo, y los instó á que se fuesen á Toro, donde ella los esperaba para concertar la manera de reducir al rey. Los de la liga, que iban camino de Zamora, siempre llevando consigo el ataud de Alburquerque, oyeron con placer la escitacion de la reina madre, y enderezaron sus pasos á Toro, cuyas puertas hallaron francas, segun ésta les habia ofrecido. Juntos allí todos, y en tan estraña y escandalosa amalgama como era la de la madre de don Pedro y los hijos de la Vizman, la que habia mandado matar á doña Leonor y los padrones vivos de su antigua afrenta, acordaron enviar un mensaje al rey invitándole á que volviese á Toro para ordenar allí las cosas del modo que mejor cumpliese á su servicio. Don Pedro hizo la humillacion de ir, los parientes de la Padilla la cobardía de no querer acompañarle por miedo, y de entre sus privados solo le dieron compañía don Fernan Sanchez su canceller, el judío Samuel Leví, su tesorero mayor, y don Juan Fernandez de Hinestrosa, tio de la Padilla, honrado y pundonoroso caballero, el primero que aconsejó al rey que se aviniese con las reinas viudas y con los de la liga, y que ni por él ni por sus sobrinos pusiese en aventura y en peligro el reino.

La ida del rey á Toro equivalia á darse por ven-

cido y á entregarse á discrecion de los de la liga, que no tardaron en obrar como triunfadores, por mas que salieran á recibirle con apariencias de respeto y le besáran la mano con mentido ademan de vasallos humildes. Su tia la reina doña Leonor fué la primera que bajo las bóvedas del convento de Santo Domingo se atrevió á reconvenirle por sus estravíos, de los cuales no tanto le culpaba á él atendida su edad y su inesperecia, quanto á sus privados y consejeros, añadiendo que era menester fuesen desde luego reemplazados por otros mas honrados y mas celosos guardadores de su servicio y de su honra. Y quando el rey comenzaba á disculparlos, se procedió á prender á presencia suya y de las reinas á Hinestrosa, al judío Samuel y á Fernan Sanchez, poniéndolos bajo la guarda del infante don Fernando y de don Tello. Condújose al real cautivo, que cautivo era ya mas que rey, á las casas del obispo de Zamora, y la manera que tuvieron los confederados de ordenar las cosas al mejor servicio del monarca fué distribuirse entre sí todos los empleos y oficios del palacio y del reino, apoderarse de los sellos, y obrar como soberanos. Hasta como solemnidad del triunfo pudo mirarse la boda que entonces se celebró de don Fernando de Castro con doña Juana, hermana bastarda del rey, como hija tambien de Alfonso XI. y de la Guzman. Y como ya se daba por fenecida la demanda y por cumplido el deseo y el testamento de Alburquerque,

tratóse de dar sepultura á su cadáver, lo cual se verificó en el célebre monasterio de Espina.

Vigilado de cerca el rey por el maestre don Fadrique, que se habia nombrado su camarero mayor, y privado de hablar con determinadas personas, bien comprendió que su estado era una prision no muy disfrazada. Quejóse de ello, y diósele mas ensanche, y permitíasele salir á caza todos los dias á caballo. Los de la liga no acertaron á ser ni bastante generosos con el monarca si se proponian ganar su amistad, ni bastante rigurosos si habian de mirarle como enemigo. Por otra parte no leemos en las crónicas que se volviese á tratar de la rehabilitacion de la reina doña Blanca, que se habia proclamado como causa y fin principal de la sublevacion. Conócese que no habia entre los coligados un pensamiento noble, grande y digno, y que habiendo entre ellos reinas, hijos de reyes y príncipes de la sangre, limitaban sus aspiraciones á derrocar de la privanza una familia y á reemplazarla en los empleos de influencia y de lucro. O el rey conoció bien este flaco de sus rivales, ú obró por lo menos como si le conociera, y negociando en secreto con los que veia ó suponía mas propensos á mudar de partido, con los infantes de Aragon sus primos, con Ruiz de Villegas, Juan de la Cerda, Perez Sarmiento y otros, ofreciéndoles los empleos ó las villas y lugares que mas parecia apetecer cada uno, púsolos de su parte: siendo de notar que hasta la reina

doña Leonor, alma que habia sido de la liga, deserta de ella por obtener la villa de Roa de que le hacia merced su sobrino. No dudamos que en esta mudanza se mezclaria algo de resentimiento ó rivalidad con los bastardos y sus adeptos, mas aun asi no descubrimos miras elevadas en ninguno de los actores de este drama vergonzoso. Hecho esto, salió una mañana de Toro el rey don Pedro como de caza, segun costumbre, acompañado del judío Samuel, que á fuerza de oro habia cambiado la prision en fianza, y aprovechando la densa niebla que cubria la atmósfera fuéronse deslizandose camino de Segovia hasta no ser vistos, y apretando luego los lazos á sus caballos no pararon hasta aquella ciudad, dejando burlados y abortos á la reina madre y á los bastardos, mas sin sorpresa de doña Leonor y de los infantes sus hijos que estaban en el secreto. Desde Segovia envió á pedir los sellos, diciendo que de no enviárselos no le faltaba ni plata ni fierro con que hacer otros, y los de Toro se los enviaron con docilidad admirable.

Era esto en fines de 1354, y á principios de 1355 ya se hallaban incorporados con el rey en Segovia doña Leonor y los infantes de Aragon y sus hijos, juntamente con los demas que en Toro habian recibido la promesa de ser heredados. Desmembrada asi la liga, y como Castilla no habia visto resultados de ella de que se pudiese felicitar, engrosábase cada día el partido del rey, al compás que menguaba el de la reina

madre y los bastardos. Disemináronse los mismos que habian quedado en Toro para mejor defender cada cual su señorío: asi don Fadrique se fué á Talavera, que estaba por él, y donde tenia su gente, don Tello á su señorío de Vizcaya, y don Fernando de Castro á sus tierras de Galicia, quedando solos en Toro la madre del rey don Pedro, y el primogénito de los bastardos don Enrique; estraña asociacion por cierto. El tío de la Padilla, Juán Fernandez de Hinestrosa, uno de los encarcelados en Toro, obtuvo libertad de la reina doña María, con palabra que dió de trabajar con el rey para que se viniese á un acuerdo y dejando cuatro caballeros rehenes. Los esfuerzos del buen Hinestrosa fueron inútiles, y doña María dió suelta á los cuatro caballeros, esperando templar con este acto las iras del rey, pero se engañó.

Don Pedro desde Segovia partió con los infantes de Aragon para Burgos, donde celebró córtes y pidió subsidios, no para sosegar el reino por vias de conciliacion, sino para hacer cruda guerra á los que se mantenian alzados. Comenzando pues su escursion bélica por Medina del Campo, el primer desahogo de su cólera fué hacer matar á la hora de siesta en su propio palacio á Pedro Ruiz de Villegas y á Sancho Ruiz de Rojas, que no negamos habian sido de la liga y del partido de los bastardos, pero á los cuales acababa de agraciarse en Toro, al uno con el adelantamiento mayor de Castilla, al otro con la merindad

de Burgos. Con esto acreditó el monarca que no iba con él el sistema de perdon por lo pasado. Así no es maravilla que cuando se aproximó á Toro, su misma madre le temiera y le cerrara las puertas de la ciudad. En esta comarca recibió aviso de que don Enrique su hermano habia salido de Toro y se dirigia á Talavera á reunirse con don Fadrique. Apresuróse el rey á ordenar á los de tierra de Avila que le atacasen en las fragosidades del puerto del Pico por donde tenia que pasar. Hiciéronlo así los vecinos de Colmenar, y acometiendo en emboscada la hueste de don Enrique al paso de aquellos desfiladeros matáronle muchos hidalgos de cuenta y le persiguiéronle hasta el llano y casi hasta las puertas de Talavera. Reunido el de Trastámara con su hermano, revolvió con lucida hueste rebosando venganza sobre Colmenar, atacó el pueblo, le quemó, hizo acuchillar gran parte de sus moradores, y volvióse para Talavera. Las disidencias que algunos meses antes parecia iban á resolverse por parlamentos, habian degenerado ya en guerra mortífera y sangrienta.

Puestas tenia el rey sus miras en la fuerte ciudad de Toledo, que guardaba en depósito á la sin ventura doña Blanca de Borbon, y allá enderezó sus pasos con todas sus haces. Hallábase ya en Torrijos, cuando sabedores de ello los hermanos don Enrique y don Fadrique se movieron apresuradamente de Talavera, en socorro, decian, de los toledanos y de la legítima

reina de Castilla. Disgusto y sorpresa grande recibieron los que iban como libertadores cuando habiendo llegado al puente de San Martín de Toledo, supieron de boca de algunos caballeros toledanos que andaban los de la ciudad en tratos de avenencia con el rey, y por lo tanto aunque les agradecian su venida no era conveniente acogerlos á ellos en la ciudad hasta obtener respuesta del rey, á fin de que no se malograsen y rompiesen aquellos tratos. A pesar de esto algunos partidarios ardientes de los bastardos les facilitaron la entrada por otra puerta; entrada fatal para los judíos de aquella ciudad, presto que desfogando en ellos su saña las compañías de don Enrique mataron hasta mil doscientos entre hombres y mugeres, grandes y niños, y eso que no pudieron penetrar en la judería mayor, aunque la cercaron y atacaron. Pero el espíritu de la población, por esas mudanzas que acontecen en las revoluciones, era ya adverso á los hijos de la Guzman, y otros toledanos enviaron cartas de llamamiento al rey, el cual se presentó al día siguiente, y quemando la puerta que los bastardos defendian, y ayudado eficazmente por muchos toledanos, fué recibido en la murada ciudad, teniendo por prudente don Enrique y don Fadrique no dar lugar á mas pelea, y salir como fugitivos por la opuesta puerta de Alcántara, por donde dos dias antes habian entrado (mayo 1355).

Cruel se mostró don Pedro de Castilla en Toledo,

y engañáronse los toledanos que esperaban hallarle indulgente. Sin querer ver á la reina doña Blanca, mandó inmediatamente á Hinestrosa que tomara tales medidas que no pudiera salir del alcázar. A los cuatro dias era llevada la reina de Castilla á la fortaleza de Sigüenza bajo la custodia de dos guardas de la confianza del rey. Preso tambien el obispo de Sigüenza, natural de Toledo y del partido de don Enrique, fué luego trasportado con otros caballeros á Aguilar de Campó. Destinóse á otros por prision el castillo de Mora. La cuchilla de la venganza cortó los cuellos de muchos ilustres toledanos. Vinte y dos hombres buenos del comun fueron ademas decapitados en un dia. Entre los vencidos destinados al suplicio lo era un platero octogenario, que tenia un hijo que frisaba apenas en los diez y ocho. Este jóven, lleno de amor filial, se presentó al rey ofreciendo su cuello á la muerte, con tal que sirviera su sacrificio á salvar la nevada cabeza de su padre. El rey con duras entrañas aceptó la nueva víctima, y consintió que la cabeza del generoso jóven cayera separada del cuerpo, y regára la tierra con sangre preciosa y pura. «Pluguiera á todos, dice con admirable comedimiento el cronista á quien se atreven algunos á tachar de parcial, que el rey mandára que non matasen á ninguno dellos, nin al padre, nin al hijo.» Mas lo que pluguiera á todos no le plugo al rey don Pedro de Castilla.

Desde Toledo fué el rey á Cuenca, otra de las ciu-

dades sublevadas, donde se hallaba otro de los hijos de Alfonso XI. y de la Guzman, llamado don Sancho, de quien no hemos tenido ocasion de hablar hasta ahora. No pudiendo tomar aquella ciudad, pactó treguas con los sublevados, y se dirigió por Segovia y Tordesillas á Toro, donde habian acudido ya don Enrique y don Fadrique llamados por la reina madre. No era fácil apoderarse de Toro mientras estuviera tan bien guardada: por lo mismo, y en tanto que hallaba ocasion, tuvo que limitarse don Pedro por muchos meses á provocar escaramuzas y correr la comarca haciendo algunas escursiones hácia Rueda, Valderas y otras villas de Tierra de Campos que seguian la voz de don Enrique, de las cuales unas tomaba, y resistíanle otras, haciendo prisiones y castigos alli donde lograba vencer. Peleábase al propio tiempo en otras partes entre los dos bandos; que la guerra civil se propagaba á las regiones de Galicia, Vizcaya y Extremadura, y entre las personas notables que en estos encuentros perecian lo fué don Juan García de Villagera, hermano de la Padilla, á quien el rey habia hecho maestro de Santiago. Y como testimonio de la constancia amorosa del rey, menciona la Crónica, que en este tiempo le nació en Tordesillas otra hija de doña María de Padilla, que dijeron doña Isabel.

Noticioso al fin de que don Enrique, que huia siempre de verse cercado por su hermano, habia sa-

lido de Toro y encaminándose á Galicia á incorporarse con su cuñado don Fernando de Castro, resolvió don Pedro aproximarse con su hueste á la ciudad por la parte de las huertas sobre el puente del Duero. Allí vino á hablarle un legado pontificio, enviado para ver de poner remedio á los disturbios de Castilla. Pidió al rey la libertad del obispo de Sigüenza, y el rey se la otorgó. Rogóle luego por la de doña Blanca su esposa, y en esto quedó el nuncio del papa desairado. Intercedió por que viniese á concordia con su madre y hermanos, y sus repetidas y enérgicas instancias no arrancaron sino negativas á don Pedro. Este siguió combatiendo con ingenio y bastidas el puente y le tomó, no sin que costára á don Diego García de Padilla la pérdida de un brazo.

A la orilla del rio bajó un día el defensor de Toro don Fadrique (comenzaba el año 1354), acompañado de otros seis entre caballeros y escuderos. Vióle desde el otro lado, y á distancia de poderse hablar, el honrado caballero don Juan Fernandez de Hínestrosa, tío de la Padilla y camarero mayor del rey. Con mucho encarecimiento, y hasta con ternura (que era así la índole de Hínestrosa), aconsejó y requirió á don Fadrique que se fuese al servicio del monarca, porque de otro modo estaba muy en peligro su persona. Como manifestase don Fadrique los inconvenientes que el caso ofrecía, y la desconfianza que tenia del rey su hermano, «*Maestre y señor*, le volvió á decir Hínes-

troso, *sed cierto que si non venides luego para la su merced del Rey mi señor vuestro hermano, que aqui está, que estades en peligro de muerte. E non vos puedo mas apercibir; é séanme testigos todos los que me oyen.* —Y bien, *Juan Fernandez*, replicaba el maestre, *¿cómo me aconsejades de ir á la merced del rey sin ser seguro del?* El rey que lo oía todo de la otra parte del Duero, *Hermano Maestre*, le dijo, *Juan Fernandez vos aconseja bien; é vos venid para mi merced, que yo vos perdono, é vos aseguro á vos é á esos caballeros é escuderos que están con vos.*» Don Fadrique y los de su compañía pasaron el rio, y besaron las manos al rey. —«*Muertos somos, ca el Maestre de Santiago es ido para el Rey, é nos somos desamparados:*» fué el grito unánime que se oyó resonar en la altura de Toro que domina el rio y entre las muchas gentes que desde allí presenciaban aquella escena sin percibir lo que se hablaba; y corrieron á tomar las armas y á prepararse á una desesperada defensa. El honrado Hínestrosa habia obrado como bueno: la noche de aquel día habia de entrar el rey con su hueste en Toro, y habia de entrar de seguro. Porque un vecino de la villa (Garci Alfonso Trigueros se llamaba) habia secretamente pactado con el rey abrirle una de sus puertas, y tomado sus medidas con tal cautela y seguridad, que el golpe se contaba como infalible, y así se realizó. Aquella noche á la hora acordada se presentó el rey con su gente á la puerta de Santa Ca-

talina, la puerta estaba franca, y entró el rey con sus haces en Toro cuando menos lo esperaban sus moradores (25 de enero, 1356).

La entrada de don Pedro en Toro señala un período fecundo en escenas dramáticas, tiernas y sublimes algunas, horriblemente trágicas las mas. Muchos se ocultaron donde pudieron, otros se acogieron al alcázar con la reina doña María. Un honrado navarro avecindado en Castilla, llamado Martin Abarca, tenía en sus brazos á otro de los hijos de doña Leonor de Guzmán, hermano del rey, jóven de catorce años, nombrado don Juan, que era señor de Ledesma. Díjole el Abarca al rey que si le perdonaba se iria para él y le llevaria su hermano don Juan. Contestóle el rey que perdonaria á su hermano, pero en cuanto á él estuviera cierto que le mataria. «*Pues faced de mí, señor, como fuese la vuestra merced,*» replicó con resolución el navarro, y con el jóven en los brazos se fué al rey. Don Pedro le perdonó, y se maravillaron y alegraron todos. Con razon se maravillaron, porque menos afortunada la reina madre, que quiso interceder por los caballeros de su compañía, no alcanzó de su hijo otra respuesta sino que ella seria respetada, mas en cuanto á los caballeros él sabia lo que tenia que hacer. A ruegos de algunos de estos, y llevándola dos de los brazos, salió la reina del alcázar juntamente con la condesa doña Juana de Trastamara, muger de don Enrique. Muy confiadamente ostentaba Ruy Gon-

zalez de Castañeda, uno de los caballeros que daban el brazo á la reina, un alvalá ó carta de perdon que tenia del rey. Don Pedro dijo que aquella carta no valia, por ser pasado el plazo por que habia sido dada. No bien habia pisado esta ilustre comitiva el puente del foso, cuando un escudero de don Diego García de Padilla, dando un golpe de maza en la cabeza á don Pedro Estebanez, maestre de Calatrava, otro de los que daban el brazo á la reina, le dejó muerto á los pies de doña María. Un sayon del rey segó con un cuchillo la garganta de Ruy Gonzalez de Castañeda, y otros maceros acabaron con los caballeros Martin Alfonso y Alfonso Tellez, supicando la sangre de estas víctimas los rostros de la reina doña María y de la condesa doña Juana. Cayeron estas señoras al suelo sin sentido, y cuando volvieron en sí, todavía se vieron rodeadas de aquellos sangrientos cadáveres, aunque ya desnudos. A voces maldecia la reina al hijo que habia llevado en su seno, y pedia que la alcanzara á ella la cuchilla de alguno de aquellos verdugos. Don Pedro la hizo llevar á su palacio, desde donde á ruegos suyos fué enviada al rey don Alfonso de Portugal su padre, però no tan pronto que no pudiese presenciar otros suplicios ejecutados de orden del rey su hijo en los caballeros de la rebelion de Toro (1). Allá murió despues (1357) de mala muerte esta reina

(1) Ayala, Crón., Año VII., cap. 1 y 2.